

mió Venegas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente largo la division de Lacy que habia llamado de las cercanias de Toledo.

Permanecia así incierto, cuando el 3 de agosto le avisó Don Gregorio de la Cuesta, como se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables, seria ahora mucho mas y con mayor fundamento. Pero no fué así, pues en vez de retirarse tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de Don Pedro Agustín Giron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de Barcas y la Reina, quedándose detras camino de Ocaña con las otras dos divisiones el mismo Venegas.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española colocada en el jardin del infante Don Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Giron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No ménos animosos se mostraban los otros gefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses viendo la porfia de la defensa abandonaron al anochechar su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando mas expuestos á nuestros fuegos.

Bastábale á Venegas la ventaja adquirida para

Se incert.  
dumbre.

Defienden el  
paso del Tajo  
en Aranjuez.

que satisfecho se retirase con honra; mas creciedo su confianza permaneció en Ocaña, y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrando su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venegas la sospecha de que querian atravesar hacia allí el rio, y cogerle por la espalda. Situó en consecuencia su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto, los franceses pasaron en 9 de agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

En la creencia de que los franceses solo eran 14,000, repugnábale á Don Francisco Venegas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó sin embargo antes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este dia previnieron los enemigos los descos de los nuestros trabando la accion en la madrugada.

Componiase la fuerza francesa del cuarto cuerpo al mando de Sebastiani, y de la reserva á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26,000 infantes y 4000 caballos. Situaronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guarnecia la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el

Batalla de Almonacid.

centro la cuarta y quinta. Quedó la reserva á retaguardia, destacándose solo de ella dos ó tres cuerpos. Distribuyóse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos ginetes que se mantuvieron en el centro.

Empezó á atacar el general Sébastiani antes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Vióse por tanto muy comprometido un cuerpo de la primera division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailen y Jaen, que eran dos de los destacados de la tercera division. Cieron también estos de la cresta de un monte á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el teniente coronel de Bailen Don Juan de Silva. Inútilmente fué á su socorro el general Giron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas Don Luis Lacy con lo restante de su primera division, contuvo á aquellas y las rechazó apoyado por la caballería.

A la sazón llegó el general Dessolés con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sébastiani, renovóse con mas ardor la refriega. Viéronse entónces tambien acometidas la cuarta y quinta division española: la última colobada á la derecha de Almonacid, dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostúvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el segundo con conocimiento y valentia por Don Francisco Carvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la vic-

toria, cuando muerto el caballo del comandante de aquellos ginetes, vizconde de Zolina, hombre de mucha supersticion, aunque de valor no escaso, paróse este tomando por aviso de Dios la muerte de su caballo.

Entretanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la quinta division que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy critica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venégas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la segunda division del mando de Nigodet, que era la ménos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho gefe esta maniobra con prontitud y acierto, siguiendo á su division la cuarta del cargo de Castejon.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desorden. De allí, no obstante, con mas ó ménos concierto, dirigiéronse todas las divisiones por distintos puntos á Hércencia, y en seguida á Manzanarés. En esta villa, corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda en Valdepeñas, desrancháronse los soldados, y de tropel y desmandadamente no pararon hasta Sierra-morena, en donde, segun costumbre, se juntaron

Retirada del ejército español.

Su dispersion.

después y retiraron. Costó a los españoles la batalla de Almonacid 4000 hombres, unos 2000 a los franceses.

Tan desventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la Mancha, comenzada con favorable estrella. No se advirtió sin embargo en sus resultados, a lo menos de parte de los españoles, lo que comúnmente acontece en las guerras, en las que, según con razón asienta Montesquieu, no suele ser lo más funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso, fue haber desaprovechado la ocasión de lanzar tal vez a los franceses del Ebro allá, y sobre todo, la desunión momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Cuestión ha sido esta que ya hemos tocado, y no volveríamos á renovarla, si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezcládose también en los vaivenes de la política. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, achacándose á la central mala voluntad y hasta perfidia, y calificando esta de mero pretexto las quejas á veces fundadas de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y mas las circunstancias de entonces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunos almacenes. Se equivocó la central en imaginar que con solo dar órdenes y enviar empleados, se abaste-

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencia.

ceria el ejército inglés y español. A aquellas hubieran debido acompañar medidas vigorosas de coacción, poniendo también cuidado en encargar el desempeño de comisión tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Ciertamente que á un gobierno de índole tan débil como la central, érale difícil emplear la coacción, sobre todo en Extremadura, provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habían de pisar los ingleses, acababan de ser assoladas por las tropas del mariscal Víctor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien al paso que bajamente adulaba al general en jefe inglés, escribía á la central que eran las quejas de aquel infundadas; juego doble y villano, que descubierto obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que á pesar de los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podría su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya había este padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entonces por lo general más destruido y maltratado, no pudiendo contar con que solo el patriotismo reparase el apuro de medios después de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno es-

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencia.

pañol hubiera de antemano. preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabían por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar, ó sea *comisariato*, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo; y no era dable que España, en todo lo demás tan atrasada respectó de Inglaterra, se le aventaja se en este solo ramo y tan de repente.

En vano pensó la junta suprema remediar en parte el mal, enviando á Extremadura á Don Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo, y en cuyo celo y diligencia ponía firme esperanza. Semejante determinacion, que no se tomó hasta 1.º de agosto, llegaba ya tarde, indispuéstos los ánimos de los generales entre sí, y agriados cada vez mas con el escaso fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió también para concordarlos la dejacion voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses y expresamente pedida por su ministro en Sevilla. Lord Wellington, viendo que la abundancia no crecía cual deseaba, y que sus soldados enfermaban y perecían sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entonces Eguía y Calvo hicieron para desviarle de su propósito nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero, que á no ceder á sus instancias, creería que otras causas y no la falta de subsistencias le determinaban á retirarse. Otro tanto y con mas descaro escribióle Calvo de Rozas:

(1 Ap. n. 3.)

que ab mlt  
sociolela

Asperamente replicó Wellington, indicando á Eguía que en adelante seria inútil proseguir entré ellos la comenzada correspondencia.

Algunos, no obstante, mantuvieron esperanzas de que todo se compondria con la venida á Sevilla del marques de Wellesley, hermano del general ingles y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Habia llegado el marqués á Cádiz el 4, y acógidole la ciudad cual merecía su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió digno de memoria. Fué pues, que queriendo el embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio y de un batallon de voluntarios, saliendo de entre las filas díjole mesuradamente: „Señor Excelentísimo, no „honramos á V. E. por interes, sino para correspon- „der á la buena amistad que nuestra nacion debe „á la de V. E.” Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó despues á Sevilla el nuevo embajador y reemplazó á Mr. Frere, á quien la junta dió el título de marqués de la Union, en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la junta, fué el de la retirada de su hermano. Recayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogó el gobierno español que le propusiese un remedio, y el marqués extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y propór-

Llegada á España del marqués de Wellesley.

Plan de subsistencias.

Retrase  
Wellington á  
Badajoz y  
frontera de  
Portugal,

cionar transportes, como si el estado general de España y el de sus caminos y sus carruages estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecian para su ejecucion, aprobó la central, quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de agosto desde Jaraicejo su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de septiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenia el gobierno inglés de que recayese en Lord Wellington el mando en gefe del ejército aliado. Nosotros sin entrar en la refutacion de este dictámen, nos inclinamos á creer que mas que de aquella causa y de la falta de subsistencias que en efecto se padeció, provino semejante resolucion del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra en el Norte, tendrian los franceses que sacar tropas de la península, y que no habria por tanto que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario, atribuyendo despues unos y otros á causas inmediatas lo que procedia de origen mas alto. De todos modos las resultas fueron desgraciadas para la causa comun, y la central, como dirémos despues, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinion.

Conducta y  
tropelías del  
gobierno de  
José.

El gobierno de José por su parte, lleno de confianza, habia aumentado ya desde mayo sus persecuciones contra los que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia. Confundia en sus tropelías al prócer con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Así salieron juntos, ó unos en pos de otros á tierra de Francia, el duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arteaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de coligacion. Expidiéronse igualmente entónces por José decretos destemplados, como lo fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto, ó dar en indemnizacion una determinada suma. Estos decretos, como los demas, ó no se cumplieran, ó cumplieran arbitrariamente, con lo que en el último caso se añadía á la propia injusticia la dureza en la ejecucion.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algun tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contuvo en sus procedimientos. Llególe mas al alma la cercanía de los ejércitos aliados, y el ver que con ella los moradores de Madrid recobraban nuevo aliento. Procuró por tanto

Opinion de  
Madrid.

deslumbrarlos y divertir su atención haciendo repetidas salvas que anunciasen las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entonces á dar solo asenso á lo que le era favorable, acostumbrado ademas á las artimañas de los franceses, no dando fe á lejanas nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frenesí el contentamiento de los madrileños el 26 de julio, día de Santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navalcarnero y pueblos de su comarca, esparcieron haber llegado allí y estar de consiguiente cercano á la capital Sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia, saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los mas de ellos hácia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sosegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el día reinó por todo Madrid el júbilo mas exaltado, dándose el parabien conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche, llegado aviso del descalabro que padeció el mismo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al día siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado, sin que la publicacion hiciese mella en los madrileños calificándola de falsa; sobre todo, cuando el 31

Júbilo que allí hubo el día de Santa Ana.

de resultas de la batalla de Talavera vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada, y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron no obstante fallidas, segun en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas; mas inmutables estos en su resolucion, comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinion particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era hija de irreflexa arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nacion, si quiere, nunca es sojuzgada.

José sin embargo, persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurría en Austria, se afirmaba mas y mas en el solio, tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el consejo de estado, no pasando á convocar córtes, segun lo ofrecido en la constitucion de Bayona, así por lo árido de las circunstancias, como por no agradar ni aun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de varia naturaleza, húbolos que llevaban el sello de tiempos de division y discordia, como fueron el de confiscacion y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levantadas, y el de privacion de sueldo, retiro ó pension á todo empleado que no hubiese he-

Nuevos decretos de José.

cho de nuevo para obtener su goce solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, además de adoptar el bárbaro principio de la confiscación, era harto amplia y vaga para que en la aplicación no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situación era justo y conveniente respetar, evitándoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió también José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispensase por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España que había creado y la antigua del Toison de Oro; no permitiendo ni el uso de las condecoraciones, ni ménos el goce de las encomiendas; por cuyas determinaciones, ofendiendo la vanidad de muchos, se perjudicó á otros en sus intereses, y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José el 18 de agosto para la supresión de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon en diciembre había solo reducido los conventos á una tercera parte: su hermano ampliaba ahora aquella primera resolución, ya por no ser afecto á dichas corporaciones, ya también por la necesidad de mejorar la hacienda.

Medidas económicas.

Los apuros de esta crecían, no entrando en arcas otro producto sino el de las puertas de Madrid, au-

mentado solo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semejante penuria obligó al ministro de hacienda, conde de Cabarrus, á recurrir á medios odiosos y violentos, como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid, y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecución de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscación de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometiéronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así fué que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la suciedad y ansia de harpías, sobre cuantas cosas de valor se ofrecían á su rapacidad.

Plata de particulares.

Del palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata que por antiguos ó de mal gusto se habían excluido del uso comun, y se llevaron á la casa de la moneda. Díjose que del rebusco se juntaron cerca de ochocientas mil onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

Del palacio.

Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porción de las del Escorial. Cierta es que entre ellas varias que se creían de oro no lo eran, y otras que se tenían por de plata, aparecieron solo de ojuela. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle) empeñado siempre en denigrar la conducta de los pa-

De iglesias.

Mr. Napier.

triotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria, que consta de público y puede averiguarse en los papeles del gobierno nacional, que si los gefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata ú otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños, ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses, que mirando á España como conquista suya, ú obligados sus gefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desórden el conde de Cabarrus, añadiendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la Península si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60,000 hombres, en lugar de 600,000 hombres y 60 millones, pues solo así podria ganar la opinion, que era su mas terrible enemigo.

Cédulas hipotecarias.

Aquel ministro de cuya condicion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y miró como inagotable recurso la creacion que hizo por decreto de 9 de junio bajo nombre de *cédulas hipotecarias* de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rehusaran adquirir dichos bienes, recibirian en cambio

inscripciones del libro de la deuda pública que se establecia, cobrando al año cuatro por ciento de interes. Tambien discurrió Cabarrus prohibir el curso de los vales reales en los países dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que en lugar de atraer los vales á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legitimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahí ser Cabarrus el mismo de ántes, esto es, sugeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre conde de Mirabeau *d'homme á expédiens*.

Ademas, todas estas medidas que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras cédulas, llamadas de *indemnizacion y recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de estas á la de 100.000.000 y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas como el de José, y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio, ampliándole y absorviendo de este modo gran parte de los bienes nacionales destinados á la extincion de la deuda. Así fué que si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de cédulas hipotecarias, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel

Cédulas de indemnizacion y recompensa.



gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando pues de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleón, mal de su grado, que suministrar de Francia 2.000,000 de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que en lugar de producir recursos á su erario los menguaba.

Otros decretos. Mas atinado anduvo José en otros decretos que también promulgó desde junio hasta fines del año 1809: entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *voto de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las córtes de Cádiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de municipalidades, y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdicción civil y criminal. Providencias estas y otras, que si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo, porque desaparecía su beneficio al lado de otras ruinosas, y de las lástimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

---



---

## APÉNDICE

DEL

### LIBRO SÉPTIMO.

---



---

#### NUMERO 1.

*Narrative of the peninsular war. By Marquess of Londonderry. Echapter 10, vol. 1.º*

#### NUMERO 2.

*Mémoires sur la révolution d'Espagne par Mr. de Pradt, pág. 223 et suiv.*

#### NUMERO 3.

*Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr Ch. 1.º*

#### NUMERO 4.

*Carta del mariscal Moncey.*

Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quin-